

ró en su corte, ni aun en el de la misma marquesa su madre? ¿Qué extraño pues que aun en aquella tierna edad, conciliándose el respeto no ménos que la admiracion de los mas ilustres personajes, fuese mirado por todos como un ángel humanizado, por todos querido, por todos venerado, y que los jóvenes no ménos que los ancianos enmudeciesen en su presencia, para oír sus palabras dignas de la gravedad del hombre mas proveyecto, cual en las cortes de Nabuco y de Faraon eran escuchadas las sábias expresiones de Daniel y de José? Sí, jóvenes amados, Luis Gonzaga pudo decir de sí mismo mucho mejor que el príncipe de Idumea, que á vista de su singular pudor y de su gravedad prodigiosa, se ruborizaban los jóvenes, se levantaban y mantenian de pié los ancianos, y los magnates observaban el mas respetuoso silencio (1). Ni podia concebirse otra cosa de un joven cuyo corazon jamas pudo ser corrompido por los miasmas fétidos de la lisonja mundanal, ni devorado por el fuego abrasador del orgullo, ni deslumbrado por el falso brillo de la vanidad. Aunque le veais rodeado siempre de una numerosa turba de aduladores que le prodigan sus mentirosos inciensos, no espereis que se deje infatuar de los pestilentes vapores de un mundo cuyo solo nombre le es abominable. Descendiente de reyes y emperadores, enlazado por los vínculos de la sangre con las casas mas ilustres de Europa, y heredero presuntivo de un gran principado, en vano creeriais que su alma grande y generosa osase mirar con enfática indiferencia á sus iguales, ni despreciar á sus inferiores. No; Luis halla su sólida grandeza y su gloria mas positiva en ser el menor de todos; y sus delicias son conversar con los pequeñuelos, y abrir su corazon y alargar su mano al indigente y desvalido. Modesto en sus vestidos, cariñoso en su trato, sociable é insinuante aun con sus criados, ni el mas leve vestigio de altivez se notó jamas en su rostro, ni la menor palabra de imperio salió de sus labios, ni distincion alguna pudo nunca sufrir que indicase deferencia á su ilustre nacimiento.

Á vista pues de una virtud tan sólida y de una tan sorprendente integridad de costumbres, ¿quién no se sentirá ocupado de horror y de confusion al contemplar las austeridades y penitencias que desde niño ejercitó sobre su inocente cuerpo? Ima-

(1) Job. c. 29. v. 8.

ginad, amables jóvenes, cuanto es capaz de inventar la ingeniosa crueldad de un tirano contra su mas aborrecible enemigo, y todo lo hallaréis puesto en ejecucion en ese angelical joven contra su carne tierna y virginal. Privaciones, ayunos, vigiliias, aflicciones, castigos, tormentos, nada es capaz de saciar los deseos que esa inocente víctima tiene de identificarse con su modelo y ejemplar Jesus. Con él quiere vivir crucificado, con él desea estar sepultado para siempre; la vida misma le es insoportable si no se halla escondida con Jesucristo en Dios, segun la enérgica expresion del Apóstol (1). Viéraisle ceñir sus delicados miembros con un áspero cilicio tejido de punzadoras cerdas, y en su defecto, servirse de espuelas aceradas que desgarraban inclementes sus carnes virginales. Viéraisle yerto de frio permanecer constante en la oracion, juntando la noche con el dia en la postura mas penosa, hasta quedar á veces cadavérico en fuerza de los rigores de una estacion cruda é insoportable. Viéraisle tender su fatigado cuerpecito sobre un lecho formado de toscos guijarros, de espinosos abrojos, de pedazos de tabla y de todo cuanto podia hallar capaz de añadir mayores grados á su mortificacion. Viéraisle en fin arrodillado delante de una imagen de Jesucristo haciendo estremecer los muros de su aposento al recio golpe de la dura disciplina que surca sus inocentes espaldas, haciendo correr hilo á hilo una sangre jamas contaminada con el menor pecado. ¿Y por qué así te encarnizas contra ti mismo, oh angelical joven? ¿Por qué tan pródigo te muestras de una sangre tan pura y virginal? ¿Qué hallaste en ti que pudiese motivar una austeridad capaz de confundir á los solitarios de Tebaida y de Egipto? Mas ay! jóvenes amables, escuchad atentos y llenos de confusion. Solo dos defectos, si tales pueden llamarse, son los únicos que podemos registrar en toda la serie de su vida. El primero, que en su edad infantil habia tomado sin licencia un poco de pólvora para disparar un cañoncito que para su entretenimiento le habia mandado hacer su padre. El segundo, que en la misma edad habia proferido algunas palabras ménos decentes que habia oído á los soldados, pero sin conocer su sentido. ¡Ved ahí lo que el joven Luis reputaba dos enormes crímenes! Ved ahí lo que causaba su profundo dolor! ¡Ved ahí lo que le hacia

(1) Ad Col. c. 3. v. 3.

deshacerse en lágrimas amargas á los piés del confesor, hasta quedar privado del uso de sus sentidos en fuerza del arrepentimiento! Oh Dios mio! Enmudecer debiera yo en este momento, confundido y anonadado á vista de una humildad tan profunda. Lágrimas de rubor, y no expresiones de admiracion y de entusiasmo deberian coronar al panegírico del incomparable Luis Gonzaga, si los heróicos ejemplos que aun nos restan desarrollar no reclamasen enérgicamente la atencion de esta juventud que me escucha conmovida y silenciosa.

Sigamos pues á nuestro Luis, que cansado ya de vivir en medio de un siglo á quien no pertenece, suspira como cándida paloma por ocultarse entre las concavidades de la piedra misteriosa Cristo. Hacia el solitario albergue de la compañía de Jesus se dirigen sus miradas; hacia ella tienden sus profundos suspiros, y á ella es llamado por la reina de los ángeles María santísima. Oraba un dia nuestro angelical jóven ante su sagrada imágen del Buen consejo, cuando hé aquí que oye una voz clara y perceptible que le dice: «Luis, entra en la compañía de mi Hijo.» Estas palabras de la madre del Amor hermoso acaban de decidir su vocacion. Bien así como Samuel llamado por su Dios en el tabernáculo de Silo, nuestro inocente jóven se levanta presuroso y.... «hème aquí, responde, porque me habeis llamado: «*ecce ego, vocasti enim me* (1). ¿Y quién será capaz de hacerle vacilar en su santo propósito? Las caricias maternas? Las lágrimas de sus hermanos? Las reiteradas instancias de sus amigos? Las proporciones con que le brinda el mundo? Ah! No: su alma está abrasada en el amor de su Dios; y en vano el mundo, ni los hombres, ni los ángeles mismos intentarían derrocar su constancia. Multiplíquense los ardides; reitérense las amenazas; pónganse en movimiento cuantos resortes pueda inventar la seducción; trabajen infatigablemente las personas mas influyentes para disuadirle de una resolucion, calificada por unos de puerilidad, por otros de inexperiencia, por estos como efecto de una ilusion momentánea, por aquellos como un vertiginoso trastorno de sus facultades intelectuales, y por todos como imprudente é impremeditada. Que su padre ardiendo en furor le arroje ingnomiosamente de su casa, y ejerza sobre él duros y jamas merecidos castigos. Que su madre

(1) *I Reg. c. 3. v. 5.*

redoblando su cariño, suplique, ruegue, mande y agote cuantos recursos pueda sugerirle su maternal amor. Que toda la corte oponga la mas decidida resistencia á la realizacion de los designios del virtuoso Luis. Qué importa? Luis tambien luchará contra todos; redoblará extraordinariamente sus austeridades; aumentará su oracion, sus vigiliass y sus lágrimas en presencia de Jesucristo y de su santísima Madre. Tres años sostiene una oposicion encarnizada y terrible; pero su constancia, purificada cual oro finísimo en el crisol de las adversidades, sale mas fuerte é incontrastable; tanto que no duda decir lleno de fervor y de santo entusiasmo: «Dios me quiere para la compañía; la santísima Virgen me llama; así que todo el mundo y el infierno juntos no serán capaces de separarme de la obediencia que les debo.» ¡Qué lenguaje tan enérgico! Parece oír al grande Apóstol de las gentes, protestando que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el cielo, ni la tierra podrán jamas separarle de la caridad de Dios que se halla encerrada en Cristo Jesus.

Loor á la virtud! ¡Triunfaste, oh jóven magnánimo! El mundo ha quedado vergonzosamente vencido á tus piés. Corre pues, vuela á recoger los despojos y á ceñir tus sienes con los laureles de tan gloriosa victoria. En efecto vedle ya en la compañía de Jesus. ¡Qué gozo no experimentaria aquel corazon que tanto habia suspirado por esta dicha indefinible! ¡Qué acrecentamiento de virtudes y méritos no adquiriria en aquella mansion placentera, en aquel monte santo de Dios cuajado de maravillas, en donde el Señor se digna habitar de un modo tan prodigioso con sus escogidos! El que niño, en el seno de todas las seducciones, supo correr á pasos agigantados en la carrera del mas perfecto heroísmo, ¿á qué grado no llegaria, constituido en sociedad con aquellos ángeles de paz en el ameno paraíso de la compañía, en donde todo respiraba virtud, inocencia, abnegacion, amor y perfeccion religiosa? Ah! larga empresa seria el pretender hacer la enumeracion detallada de las virtudes que ejerció el bendito Luis durante su vida, aunque corta, en la compañía. Baste decir que desde el primer dia ya pudo ser propuesto como modelo de perfeccion á los mas fervorosos. Su exactitud fué sin igual, su vigilancia perfecta, su fidelidad inimitable, su castidad de ángel, su obediencia de santo, su santidad en fin de héroe. ¿Y qué mayor heroísmo ni mas digno de

elogio que el no haber jamas quebrantado en el menor de sus puntos una regla, cuya perfeccion es tal, que en sentir de un sabio su solo cumplimiento basta para merecer á un hombre la gloria de santo? ¿Pues hasta este punto llegó la virtud de Luis Gonzaga, segun sabemos por confesion arrancada á su humildad profunda á la hora de su dichosa muerte. ¿Qué extraño pues que el Señor le concediese privilegios y dones que rara vez se hallan aun en los mas perfectos santos? Ah! ¿Cuán pocos llegaron á dominar como nuestro incomparable jóven su imaginacion, hasta poder decir que jamas pensaba sino lo que él queria! ¿cuán pocos los que como él jamas experimentaron el menor desórden en su carne, ni aun la mas leve idea contra la pureza! Mas ¿á dónde voy? ¿Pretendo hacerme interminable analizando una por una las gracias que en recompensa de su fidelidad sin semejante recibiera nuestro angelical jóven? No, jóvenes amables, preciso me es concluir. Pero ántes permitidme os presente el último rasgo de virtud de ese ángel humanado. Contempladle ya próximo á espirar, víctima de su caridad heroica en asistir á los apestados. Ved cuál edifica con sus ejemplos á cuantos rodean su humilde lecho. Sus deseos de penitencia no se han saciado aun completamente. En medio de sus mas agudos dolores, un aspecto apacible, una amable sonrisa es lo único que se advierte en su bello semblante. Crece el padecer; aumentase prodigiosamente la fiebre que devora su cuerpo; pero aún mas devorado se halla su corazon de amor, y crece y se aumenta mas de todo punto su deseo de cruz y mortificacion. Preciso es que la obediencia modere su fervor, para que no sea víctima de sus rigores. Muere en fin Luis abrasado en el fuego del amor divino, y cual varita de humo que subiendo por los aires despide los olorosos perfumes de mirra é incienso, así el alma del angélico jóven se eleva del desierto de este mundo, y va á perderse en el seno de la feliz eternidad. Digno era de esta recompensa el que en solos veinte y tres años de vida se elevó al heroísmo de la mas perfecta ancianidad, llenando la carrera de una larga serie de virtudes que le hicieron precioso y grato delante de Dios, y acreedor á la gloria de ángel en carne y de santo consumado. Esto es lo que me propuse probar.

Ved pues, amables jóvenes, cuál sea la gloria de la virtud. Contemplad en vuestro angélico protector la digna recompensa

de la inocencia. No solo en la mansion celeste disfruta Luis de una gloria incomprendible, sino que su celebridad se extiende por todo el universo. Su nombre se halla estampado en los fastos de la historia con caracteres que inmortalizarán su memoria en las futuras generaciones. Sus ejemplos se proponen á la posteridad como modelos de una santidad eminente y de un heroísmo singular. Sus cenizas se conservan en doradas urnas como un antidoto eficaz contra todo género de enfermedades y desgracias; y en derredor de los magníficos altares erigidos en su honor, mil trofeos gloriosos atestiguan su poderoso valimiento. Sus imágenes se colocan en los templos, en los museos, en las casas, y en todas partes recuerdan los prodigios por él obrados. Aquí se le ve triunfando de la voracidad de las llamas, que habiéndose cebado en su lecho, ni aun á tocar osaron sus virginales miembros: allí deteniendo las corrientes del Ticino que intentarían engullirle en sus abismos; ora cual iris pacificador cortando las enemistades sangrientas que dividian á los príncipes de Mantua y Castellon: ora uniendo familias separadas por odios inveterados é impidiendo los funestos efectos del resentimiento y de la negra venganza; ya restituyendo en Sena la vista á los que de ella se hallaban infelizmente privados: ya extrayendo en Polonia á los moribundos del borde de la tumba; y siempre y en todas partes como consolador de los tristes, amparo de los atribulados, defensor de la inocencia y protector de la juventud.

¡Oh, jóvenes amables, verdes renuevos de la fecundidad de padres virtuosos! ¿Quereis optar á la gloria indefinible de vuestro insigne protector? ¿Deseais haceros dignos de su eterna recompensa? Pues seguid sus huellas, imitad sus virtudes, hacedos semejantes á él en su inocencia candorosa, en su humildad profunda, en su pronta obediencia, en su constante fidelidad en cumplir los deberes de la religion, en su escrupulosa exactitud en llenar todas sus obligaciones. He aquí lo que debe formar el objeto de una santa emulacion entre vosotros. Haciéndolo así, no temais, jóvenes amables. Aunque vivais en medio de un siglo corrompido é indiferente, si bien veais correr á muchos de vuestra edad á precipitarse en el abismo del crimen y de la inmoralidad, teniendo vosotros fijos vuestros ojos en ese ejemplar modelo de inocencia y de virtud, saldreis victoriosos de todos vuestros enemigos. No os aparteis pues un punto de los preceptos de vuestros sabios y religiosos maestros.

Sabed apreciar la dicha que poseéis en tener por guías á unos hombres que, fundando el origen de la verdadera sabiduría en el temor santo del Señor, dirigen vuestro rumbo hácia la verdadera dicha, á la positiva felicidad. Apreciadla también vosotros, padres de familia. Bien podeis descansar tranquilos, y vivir plenamente satisfechos, ínterin vuestros hijos sean educados por maestros religiosos y decididamente católicos, como lo son los que forman el entendimiento y el corazón de esos frutos de vuestro casto amor. Mucho podeis y debeis esperar de ellos, como sean dóciles á las sábias y acertadas máximas de sus profesores; porque la verdadera ciencia y la ilustración positiva solo pueden anudarse con los principios religiosos; y sin estos la ciencia hincha, la ilustración es una quimera, y la sociedad no será más que un caos de crímenes, suicidios, errores, sangre y ruinas.

Recibid también vosotros, dignos directores de esta juventud virtuosa, el más sincero parabien que os doy á nombre de sus padres y de todo el pueblo español, como un testimonio de la gratitud á que os haceis acreedores por el celo con que trabajáis por el bien de la humanidad, por el esplendor de nuestra patria y por el lustre de nuestra santa religión. Seguid constantes en la bella misión que habeis emprendido; ella está á la verdad sembrada de disgustos y sinsabores; empero en el cielo hallaréis un día la dulce recompensa de vuestras fatigas. Ni aun en la tierra serán estériles vuestros sudores; un día llegará en que con indecible satisfacción de vuestras almas vereis colmados frutos de ciencia y de virtud que vendrán á deponer á vuestros piés el justo tributo de una gratitud sincera y cordial; y cuando no, vosotros podreis decir á la faz de todo el pueblo español: «Hemos trabajado incansables por nuestra patria; nada nos ha quedado por hacer en obsequio de la juventud.» ¡Convicción dulce, testimonio satisfactorio que colmará abundantemente vuestras esperanzas!

Y tú, angelical Gonzaga, que te complaces en ser el genio protector de la infancia y de la juventud, mira con benignos ojos esta inocente turba de niños tiernos y de jóvenes virtuosos que hoy vienen á este templo santo á ofrecerte el anual tributo de su amor y confianza. No te sean indiferentes esas manos puras que se elevan hácia tu altar, esos corazones sencillos que imploran tu intercesión para con el Dios á quien serviste, y de

cuya presencia gozas en la feliz mansion de la eternidad. Derama sobre ellos torrentes de gracias y de bendiciones celestiales. Ruega por ellos á aquel Jesus que tan apasionado se manifestara un día por la edad infantil. Consíguelos la gracia de conservar intacta la inocencia; presérvalos de la corrupción; y hazlos en todo semejantes á ti. Participen también de tu protección preciosa sus padres y maestros, para que continúen incansables trabajando en su obsequio y conduciéndolos por las sendas de la virtud y del verdadero saber. Seamos en fin todos objetos de tus fervientes ruegos; para que si no te hemos imitado en la inocencia, te imitemos al ménos en la penitencia, y de este modo merezcamos todos ser un día dignos de disfrutar contigo de la interminable bienaventuranza de la gloria.